

nos ciudadanos temporalmente elegidos; que habían rechazado toda jerarquía de clases, y que no temieron abolir el más antiguo y mejor arraigado de todos los cultos; estos sectarios, repetimos, se fijaban en dos ideas: en la moral y Dios. Después de rechazar todas aquellas que creían poder separar del hombre, quedaban dominados por el imperio de estas dos últimas, y sacrificaban un partido á cada una. Si todos no creían, se hacían cargo á lo menos de la necesidad del orden entre los hombres, y para apoyar este orden humano, comprendían la necesidad de reconocer en el universo un orden general é inteligente. Esta es la primera vez en la historia del mundo en que la disolución de todas las autoridades dejaba á la sociedad entregada al gobierno de los espíritus puramente sistemáticos (porque los ingleses creían en tradiciones cristianas), y estos entendimientos que habían superado á todas las ideas recibidas, adoptaban y conservaban las de la moral y de Dios. Este ejemplo es el único en los anales del mundo; es grande y bello, y la historia debe detenerse para señalarlo.

Robespierre fué quien se encargó de presentar el informe en ocasión tan solemne, y á él era á quien verdaderamente correspondía, según la distribución que se había hecho en los cargos que cada uno de los vocales del comité debía desempeñar. Prieur, Roberto Lindet y Carnot se ocupaban silenciosamente de la administración y de la guerra. Barrere extendía la mayor parte de los informes, particularmente los relativos á las operaciones de los ejércitos, y en general todos los repentinos. Enviaban á los clubs y reuniones populares á Collot d'Herbois, para repetir las palabras del comité. Couthon, aunque paralítico, iba también á todas partes; hablaba en la Convención, á los jacobinos y al pueblo, y tenía el arte de interesar por sus dolencias, así como por el tono paternal que adoptaba al emitir las ideas más violentas. Billaud, menos activo, ocupábase de la correspondencia, tratando algunas veces las cuestiones de policía general. Saint-Just, joven, audaz y activo, iba y venía desde los campos de batalla al comité; y cuando había comunicado el terror y la energía á los ejércitos, regresaba para redactar informes mortíferos contra los partidos que debían perecer en el cadalso. Robespierre, en fin, jefe de todos, y á quien se consultaba sobre todos los asuntos, no tomaba la palabra sino en las grandes ocasiones. Trataba las arduas cuestiones morales y políticas, y reservábanle estos asuntos como los más dignos de su talento y virtud. Correspondíanle de derecho las funciones de relator en la cuestión de que se iba á tratar, pues ninguno se había pronunciado tan enérgicamente contra el ateísmo ni era tan venerado; ninguno tenía tan gran reputación de pureza y de virtud; ninguno, en fin, era más propio, por su ascendiente y su dogmatismo, para esta especie de pontificado.

Jamás se había presentado tan feliz oportunidad para imitar á aquel Rousseau, cuyas opiniones profesaba y de cuyo estilo hacía un continuo estudio. El talento de Robespierre se había desarrollado singularmente en las prolongadas luchas de la revolución; aquel hombre de carácter frío y pesado comenzaba á improvisar bien; y cuando escribía, hacía lo castizamente, con vigor y elegancia. Reconocíase en su estilo algo del carácter brusco y sombrío de Rousseau; mas no pudo apropiarse ni

los grandes pensamientos ni el alma generosa y apasionada del autor de *Emilio*.

Presentóse en la tribuna el 18 floreal (7 mayo 1794) con un discurso cuidadosamente elaborado, y se le dispensó una profunda atención. «Ciudadanos, dijo al empezar, en la prosperidad es cuando los pueblos, así como los particulares, deben recogerse, por decirlo así, para escuchar en el silencio de las pasiones la voz de la sabiduría.» Entonces desenvuelve el sistema adoptado. La república, según él, es la virtud; y todos los adversarios que encontró no son sino los vicios de toda especie sublevados contra ella y pagados por los reyes. Los anarquistas, los perversos y los ateos no han sido más que los agentes de Pitt. «Los tiranos, añade, satisfechos de la audacia de sus emisarios, apresuráronse á ostentar á la vista de sus súbditos las extravagancias que compraron; y aparentando creer que provenían del pueblo francés parecían decirles: «¿Qué ganaréis con sacudir nuestro yugo? ¡Ya lo veis, los republicanos no valen más que nosotros!» Brissot, Danton y Hebert figuran alternativamente en el discurso de Robespierre, y mientras se entrega contra estos supuestos enemigos de la virtud á las declaraciones del odio, ya muy gastadas, excita poco entusiasmo; pero bien pronto, abandonando esta parte del asunto, elevase á ideas verdaderamente grandes y morales, expresadas con talento, y entonces obtiene universales aplausos. Observa justamente que los representantes de la nación no deben perseguir el ateísmo como autores de sistema, para proclamar el deísmo, sino como legisladores que buscan cuáles son los principios más convenientes al hombre reunido en sociedad. «¿Qué os importan á vosotros, legisladores, exclama, qué os importan las diversas hipótesis por las que ciertos filósofos explican los fenómenos de la naturaleza? Podéis dejar todos esos asuntos para sus eternas polémicas; no debéis considerarlos como metafísicos ni como teólogos: á los ojos del legislador, todo cuanto es útil al mundo y bueno en la práctica es la verdad. La idea del Ser Supremo y de la inmortalidad del alma es un continuo llamamiento á la justicia, luego es social y republicana... ¿Quién te ha confiado, continúa Robespierre, la misión de anunciar al pueblo que la Divinidad no existe? Tú que te apasionas por tan árida doctrina, y que jamás te inspiró amor la patria, ¿qué ventaja encuentras en persuadir al hombre de que una fuerza ciega preside sus destinos; que su alma no es sino un soplo ligero que se extingue al borde de la tumba? ¿Le inspirará la idea del no ser sentimientos más puros y más elevados que los de su inmortalidad? ¿Le inspirará más respeto á sus semejantes y á sí mismo, más abnegación por la patria, más audacia para arrostrar la tiranía, y más desprecio á la muerte ó á la voluptuosidad? A vosotros, que lloráis la pérdida de un amigo virtuoso, os complace pensar que la parte más bella de él mismo ha escapado de la muerte; y á vosotros los que lloráis sobre el ataúd de un hijo ó de una esposa, ¿os consuela aquel que os dice que sólo queda de ellos un polvo vil? ¡Desventurados que expiráis bajo los golpes de un asesino, vuestro postrer suspiro es un llamamiento á la justicia eterna! La inocencia en el cadalso hace palidecer al tirano en su carro triunfal. ¿Tendría tal ascendiente si la tumba igualara al opresor y al oprimido?»

Robespierre, procurando siempre tratar la cuestión desde el punto de vista político, añade estas notables observaciones: «Tomemos aquí, dice, las lecciones de la historia; os ruego que notéis cómo los hombres que influyeron en el destino de los Estados se inclinaron hacia uno ú otro de los dos sistemas opuestos, por su carácter personal y por la naturaleza misma de sus miras políticas. ¡Ved con qué profundo arte, abogando César en el senado romano en favor de los cómplices

espantosos que siguieron á la pérdida de la libertad de Roma; el estoicismo salvó el honor de la naturaleza humana, degradado por los vicios de los sucesores de César, y sobre todo por la paciencia de los pueblos.»

Respecto al ateísmo, Robespierre se explica de una manera singular sobre los enciclopedistas. «En materia de política, dice, esta secta se mantuvo siempre inferior á los derechos del pueblo; en materia de moral fué mucho más allá de la extinción de las preocupaciones re-



Robespierre. — Facsimile de un grabado de la época

de Catilina, se pierde en una digresión contra el dogma de la inmortalidad del alma; tan propias le parecen estas ideas para extinguir en el corazón de los jueces la energía de la virtud; tan enlazada con la causa del crimen le parece la del ateísmo. Cicerón, por el contrario, invocaba para los traidores la cuchilla de la ley y el rayo de los dioses. Sócrates moribundo habla á sus amigos de la inmortalidad del alma. Leónidas, en las Termópilas, cenando con sus compañeros de armas en el momento de ejecutar el designio más heroico que la virtud humana haya concebido jamás, invita para el día siguiente á otro banquete y una vida nueva... Catón no vaciló entre Zenón y Epicuro. Bruto y los ilustres conjurados que participaron de sus peligros y de su gloria pertenecían también á la sublime secta de los estoicos, que tan altas ideas tuvo de la dignidad del hombre, que tan lejos llevó el entusiasmo de la virtud, y que no se propuso sino en el heroísmo. El estoicismo produjo émulos de Bruto y de Catón hasta en los siglos

ligiosos; sus corifeos clamaban algunas veces contra el despotismo, siendo pagados por los déspotas; escribían tan pronto libros contra la corte como dedicatorias á los reyes, discursos para los cortesanos y madrigales para las cortesanas; eran orgullosos en sus escritos y humildes en las antecámaras. Esta secta propagó con mucho celo la opinión del materialismo, que prevaleció entre los grandes talentos; y se le debe en parte esa especie de filosofía práctica que, reduciendo el egoísmo á sistema, considera á la sociedad humana como una guerra de astucia, á la fortuna como la regla de lo justo y de lo injusto, á la probidad como cuestión de gusto ó decoro, y al mundo como patrimonio de los bribones diestros...

Entre aquellos que en la época de que hablo se distinguieron en la carrera de las letras y de la filosofía, un hombre, por la elevación de su alma y la grandeza de su carácter, mostróse digno de ser preceptor del género humano; atacó la tiranía francamente; habló con

entusiasmo de la Divinidad; su varonil y leal elocuencia trazó con rasgos de fuego los encantos de la virtud, y defendió esos dogmas consoladores que la razón ofrece como apoyo al corazón humano. La pureza de su doctrina, tomada en la naturaleza y en el odio profundo al vicio, tanto como su invencible desprecio á los sofistas intrigantes que usurpaban el nombre de filósofos, le atrajo el encono y la persecución de sus rivales y de sus falsos amigos.

«¡Ah! Si hubiera sido testigo de esa revolución de que fué el precursor, ¿quién puede dudar que su alma generosa hubiera abrazado con transporte la causa de justicia y de la igualdad?»

Robespierre se fija después en alejar la idea de que el gobierno, al proclamar el dogma del Ser Supremo, trabaja para los sacerdotes, y se expresa de este modo:

«¿Qué hay de común entre los sacerdotes y Dios? Los sacerdotes son á la moral lo que los charlatanes á la medicina. ¡Cuán diferente es el Dios de la naturaleza del de los sacerdotes! No conozco nada que tanto se asemeje al ateísmo como las religiones que ellos han hecho. A fuerza de desfigurar al Ser Supremo le han aniquilado tanto como les era posible, convirtiéndole tan pronto en un globo de fuego como en un buey, un árbol, un hombre ó un monarca. Los sacerdotes han creado un dios á su imagen; le han hecho envidioso, caprichoso, ávido, cruel é implacable; le han tratado como en otro tiempo trataron á los descendientes de Clodoveo los mayordomos de palacio, para reinar en su nombre y ponerse en su lugar; le han relegado al cielo, como en un palacio, y no le han llamado á la tierra sino para pedir en beneficio suyo diezmos, riquezas, honores, placeres y poderío. El verdadero templo del Ser Supremo es el universo; su culto, la virtud; sus fiestas, la alegría de un gran pueblo reunido ante sus ojos para estrechar los lazos de la fraternidad universal, y ofrecerle el homenaje de los corazones sensibles y puros.»

Robespierre dice después que un pueblo necesita fiestas. «El hombre, continúa, es el objeto más grande que existe en la naturaleza; y el más magnífico de los espectáculos es el que ofrece un gran pueblo reunido.» En su consecuencia, propone proyectos de reunión para todos los días de década, terminando su informe en medio de los más vivos aplausos. Después presenta el siguiente decreto, adoptado por unanimidad:

«Artículo 1.º El pueblo francés reconoce la existencia del Ser Supremo y la inmortalidad del alma.»

«Artículo 2.º Reconoce igualmente que el culto más digno del Ser Supremo es la práctica de los deberes del hombre.»

Por otros artículos se previene que se instituirán fiestas para recordar al hombre el pensamiento de la Divinidad y la grandeza de su ser, designándose aquéllas con los nombres de los acontecimientos de la revolución, ó de las virtudes más útiles al hombre. Además de las fiestas del 14 de julio, del 10 de agosto, del 21 de enero y del 31 de mayo, la república celebrará todos los días de década las siguientes:—Al Ser Supremo,—al género humano,—al pueblo francés,—á los bienhechores de la humanidad,—á los mártires de la libertad,—á la libertad y á la igualdad,—á la república,—á la libertad del mundo,—al amor de la patria,—al odio á

los tiranos y traidores,—á la verdad,—á la justicia,—al pudor,—á la gloria,—á la amistad,—á la frugalidad,—al valor,—á la buena fe,—al heroísmo,—al desinterés,—al estoicismo,—al amor,—á la fe conyugal,—al amor paterno,—á la ternura maternal,—á la piedad filial,—á la infancia,—á la juventud,—á la edad viril,—á la vejez,—á la desgracia,—á la agricultura,—á la industria,—á nuestros abuelos,—á la posteridad—y á la felicidad.

Ordénase una fiesta solemne para el 20 pradiar, y se confía el plan á David. Debe advertirse que en el decreto se proclama de nuevo la libertad de cultos. Apenas leído el informe, se envía á la imprenta. En el mismo día, el Ayuntamiento y los jacobinos piden la lectura, apláudenla con entusiasmo, y deliberan para ir en cuerpo á la Convención á darle gracias por el sublime decreto que acaba de expedir. Habíase observado que los jacobinos no tomaron la palabra después de ser inmolados los dos partidos, ni habían ido á felicitar al comité y á la Convención. Uno de los socios lo hace así presente, y dice que se presenta la oportunidad de probar la unión de los jacobinos con un gobierno que tan elevadamente se conducía. En efecto, redáctase una exposición, que es presentada á la Asamblea por una diputación jacobina, y que terminaba como sigue:

«Los jacobinos vienen hoy á daros gracias por el solemne decreto que habéis expedido, y se agregarán á vosotros para la celebración del día en que la fiesta al Ser Supremo reunirá á los ciudadanos virtuosos de todos los puntos de Francia, para entonar el himno de la virtud.» El presidente contestá á la diputación con un discurso pomposo. «Digno es, dice, de una sociedad cuya nombradía llena el mundo, que goza tan gran influencia sobre la opinión pública y que en todos tiempos se asoció á los defensores más valientes de los derechos del hombre, el acudir al templo de las leyes para tributar homenaje al Ser Supremo.»

Continuó el presidente, y después de un discurso bastante largo sobre el mismo asunto, cedió la palabra á Couthón, quien pronunció un discurso vehemente contra los ateos y los hombres pervertidos, elogiando en términos pomposos á la sociedad. Después propuso que en aquel día solemne de júbilo y reconocimiento se dispensase á los jacobinos una justicia que les era debida hacía mucho tiempo, y era declarar que desde el principio de la revolución no habían dejado de merecer bien de la patria. Adoptóse la proposición en medio de estrepitosos aplausos, y retiráronse después todos transportados de alegría, poseídos de una especie de embriaguez.

Si la Convención había recibido numerosas exposiciones después de la muerte de los hebertistas y dantonistas, más numerosas fueron aún las que recibió á consecuencia del decreto que proclamaba la creencia en el Ser Supremo. El contagio de las ideas y de las palabras es extraordinariamente rápido entre los franceses; en un pueblo tan vivaz y comunicativo, la idea que preocupa algunos ánimos es en breve la que preocupa á todos; la palabra que está en algunas bocas, es pronunciada luego por las demás. Las exposiciones fueron llegando de todas partes; en ellas se felicitaba á la Convención por sus decretos sublimes, dándole gracias por haber establecido la virtud, proclamado al Ser Su-

premo, y devuelto la esperanza al hombre. Todas las secciones se presentaron una después de otra á expresar iguales sentimientos; la de Marat, comparece en la barra, y dirigiéndose á la Montaña, se expresa en estos términos:

«¡Montaña benéfica! ¡Sinái protector! Recibe también nuestras expresiones de gratitud y de felicitación por todos los sublimes decretos que expides diariamente para felicidad del género humano. De tu ardiente seno ha partido el rayo saludable que, aniquilando el ateísmo, concede á todos los verdaderos republicanos la idea consoladora de vivir libres á los ojos del Ser Supremo, y con la esperanza de la inmortalidad del alma. ¡Viva la Convención! ¡Viva la república! ¡Viva la Montaña!»

En todas las exposiciones se invitaba de nuevo á la Convención á conservar el poder, y hasta en una de ellas se la aconsejaba continuar en su puesto hasta que el reino de la virtud estuviera establecido en la república sobre indestructibles bases.

Desde aquel día estuvieron en todas las bocas las palabras *virtud* y *Ser Supremo*. Los restos de Rousseau fueron trasladados al Panteón, y presentada su viuda á la Convención, señaláronla una pensión.

De este modo, triunfante de todos los partidos el comité de salvación pública, dueño de todos los poderes, y colocado á la cabeza de una nación entusiasta y victoriosa, que proclamaba el reinado de la virtud y el dogma del Ser Supremo, hallábase en el apogeo de su poderío y en el último término de sus sistemas.